

# LA EUROPA AMERICANA

EUROPA (occidental) sigue siendo americana. No es, sin duda, una gran sorpresa: Europa es americana desde la guerra de 1939-1945. La «revolución de Copenhague» no ha sucedido, y los nueve jefes de estado o de gobierno de la Comunidad lo han admitido explícitamente. En los dos primeros días de la semana, Kissinger les dio una lección dura en Bruselas: la han aprendido. Kissinger es un personaje mítico, iluminado por los proyectores del éxito, lo cual no deja de ser fantástico en un mundo abundante de fracasos políticos, y en representación de un país hundido en el marasmo; más asombroso aún si consideramos que la política exterior que Kissinger representa desde hace muchos años —como todopoderoso consejero presidencial antes de haber devorado el cargo de secretario de Estado— ha conducido, con velocidad uniformemente acelerada, hacia una de las crisis más graves del mundo desde el final de la II Guerra Mundial. Pero los mitos no se discuten hasta que caen. En cualquier caso, su éxito europeo es de los más sencillos: le ha bastado con recordar a los discolos, a los separatistas del imperio, a los enfurruñados, a los arrogantes, que lo que son es débiles, y pobres, y pueden serlo más aún. Propone una alternativa a la rebelión europea: unas «relaciones especiales», para cuando Europa haya conseguido su unidad (¿cuándo?), una nueva agrupación económica de Estados Unidos, Europa occidental, Japón y Canadá para hacer frente a la era de la escasez. Por sí solos, viene a decir a los europeos, no van a salir nunca de esta desgracia. Pero aliarse con los Estados Unidos en este sentido supone depender de ellos. Nada más sincero que reconocerlo.

LA respuesta de Copenhague es una entrega. Con reservas, con aspiraciones para el futuro. Pero una entrega. El documento sobre la identidad europea, que parece ser la declaración pública más consistente de la reunión del 14-15 de diciembre, es muy claro: los Nueve están de acuerdo en que «a la luz de la relativa vulnerabilidad militar de Europa, los europeos tienen, si quieren preservar su independencia, que mantener sus compromisos y hacer constantes esfuerzos para asegurar medios de defensa adecuados a su disposición». Han constatado que no los tienen, que son vulnerables y, por tanto, «consideran que bajo las presentes circunstancias no hay alternativa a la seguridad que ofrecen las armas nucleares de los Estados Unidos y la presencia de las fuerzas americanas en Europa». Este párrafo, incluido en una «declaración de identidad», equivale a un reconocimiento de minoría de edad. Cuando el 25 de octubre los Estados Unidos declararon la alerta atómica en sus bases, cuando utilizaron éstas en Europa para salvar a Israel de un desastre militar, sabían que no tenían necesidad de consultar a nadie. Cuando los gobernantes europeos mostraron su disconformidad y convocaron rápidamente esta consulta propia, estaban imaginando que sus posibilidades eran otras. Cuando negocian con los árabes, como acaba de suceder en Copenhague, ¿qué garantías pueden dar de que van a cumplir lo que prometen? ¿Qué peso van a arrojar en la balanza en su favor?

EN este momento, parece que Europa no tiene temple ni personalidad. Sonríe a los árabes por miedo a quedarse sin petróleo; sonríe a los americanos por miedo a quedarse sin su protección, que no es solamente la militar, sino la de sus negocios. Y busca su identidad.

¿COMO la buscan? El documento está envuelto en vapores y en retórica, aparte de esta única y clara fórmula de su sumisión lógica. La identidad europea se fija en «los principios de la democracia representativa, el

imperio de la ley, de la justicia social, de la finalidad del progreso económico y el respeto a los derechos del hombre», como elementos fundamentales; con estas normas, los pueblos «deben ser conscientes de participar en la edificación de la construcción europea, especialmente por sus representantes elegidos». Aquí hay una alusión vaga a la necesidad de que el Parlamento europeo esté formado de una manera electoral. Cualquier país que comparta estos sistemas tiene las puertas abiertas en la Comunidad, pero, además, deberá darse cuenta de que debe ceder una parte de su soberanía, porque «los problemas internacionales actuales pueden ser difícilmente resueltos por cada uno de ellos por sí solo». «La concentración creciente de poderes y responsabilidades en las manos de un número reducido de grandes potencias implica que Europa se una y, cada vez más, hable con una sola voz si quiere hacerse escuchar y representar el papel mundial que le corresponde». Económicamente, no es «una entidad cerrada» y «no puede depender de decisiones tomadas fuera de ella». Precizando más esta expresión, el ministerio de Asuntos Exteriores de Dinamarca —a cuyo cargo estuvo la conferencia de prensa final, como representante de la potencia que albergaba la reunión— dijo: «No debe ser difícil para los Estados Unidos entender que estamos hablando como un grupo abierto; pero insistimos en que somos un grupo». Sin embargo, nada de esto ha sucedido todavía. Ni hay grupo, ni hay unidad, ni voz. Hay, por ahora, voluntad. La de representar un «papel activo» para un mejor equilibrio internacional, voluntad que «debe conducir progresivamente a los Nueve a definir posiciones comunes en el aspecto de la política exterior, a fin de asegurar que el desarrollo de los acontecimientos internacionales no dañen la seguridad, la independencia, la prosperidad y el progreso social de Europa».

¿CUAL es la relación de Europa con el mundo, en el momento de Copenhague? Con los Estados Unidos, además de lo dicho, deben ser mantenidos y preservados los lazos existentes, sosteniendo «un diálogo constructivo» sobre la base de «la igualdad» con los países del Este; los europeos están satisfechos de haber sido los primeros en haber contribuido por la acción de cada uno y por el esfuerzo común a una política de reducción de tensiones y de cooperación, lo mismo que con China, con la que piensan tener «estrechos contactos»; con los países árabes, se trata de «preservar los lazos históricos» y «cooperar al establecimiento y al mantenimiento de la paz, de la estabilidad y del progreso en esa región». Resulta más bien inquietante que ante una situación nueva, y cuando se esperaba una revolución, el mayor número de alusiones se haga a la historia, a los «lazos» —recurso eterno de los comunicados—, a lo que se ha hecho y a la continuidad.

Un dirigente del movimiento danés contra el Mercado Común habla a sus partidarios durante una manifestación reciente en la capital danesa.





Los primeros ministros de los países del Mercado Común, reunidos en Copenhague.

**P**ERO hay también alusiones al futuro. La más distinguida es la que se refiere a la dinámica. «La identidad europea ha de evolucionar en función de la dinámica propia de la construcción de Europa». ¿Círculo vicioso? ¿No se está definiendo la identidad europea para crear Europa en torno a esa definición? ¿Cómo, entonces, la definición ha de hacerse teniendo en cuenta la evolución de la construcción? Laberinto de palabras. Continuemos en él: «En el aspecto de las relaciones exteriores, los Nueve se dedicarán especialmente a definir progresivamente su identidad con respecto a otras entidades políticas. Haciéndolo así, tienen conciencia de reforzar su cohesión interna y de contribuir a la elaboración de una política propiamente europea. Están convencidos de que la realización progresiva de esta política será uno de los elementos esenciales que permita a sus países abordar con realismo y confianza los estadios ulteriores de la construcción europea, facilitando la transformación del conjunto de sus relaciones en una Unión Europea».

**C**ON su vocación de ser el primer gran documento moral y político de una Europa nueva, el papel de Copenhague tiene más bien el aspecto de ser el último de una época. Parece que ha sido redactado antes del 25 de octubre, y suavemente modificado después para que sirva a las circunstancias. Las circunstancias son, sin duda, dramáticas: y no hay en este documento una sola alusión a ellas que pueda considerarse realista. Excepción hecha, naturalmente, de la subordinación a Estados Unidos. Europa perdió la guerra en 1945: la ganaron los Estados Unidos y la Unión Soviética. Una parte de Europa, en la que se incluye la representada en Copenhague, quedó incluida en la región dominada por los Estados Unidos; la otra, en la dominada por la Unión Soviética. Durante algún tiempo, Europa actuó, dirigida por los Estados Unidos, como si la guerra con la URSS fuese inminente; modificó sus estructuras políticas, sus sistemas electorales, sus asambleas, sus partidos, sus órganos de opinión, con relación al sistema en que había quedado incluida. Supeditó su defensa militar a ello, contribuyendo en la forma en que se determinó que debía contribuir. Sometió su economía al área del dólar, a su técnica, a la implantación de sus empresas. El Mercado Común, la Comunidad que ahora se reúne en Copenhague, fue una creación de los Estados Unidos, en un principio, para enfrentarse mejor con la Unión Soviética, pero también para hacer Europa más manejable. Ninguna de las circunstancias que produjeron esta situación ha variado visiblemente hasta ahora. Lo que ha variado está por encima de Europa: que, en lugar de haber una guerra o un enfrentamiento entre los vencedores, la URSS y los Estados Unidos, hay un entendimiento. Esto ha obligado a muchos países del área americana y otros del área soviética a modificar sus presupuestos políticos y militares: el ejemplo es el de las Alemanias, más visiblemente desde nuestra óptica el de Alemania occidental, que ha renunciado a la reunificación prometida y se ha debido entender con los países que en un principio se habían designado como sus enemigos. Europa, por el momento, no puede salir de esta construcción establecida hace veintiocho años. No son, por lo menos, los gobernantes actuales, los estamentos industriales y económicos, ni siquiera las fuerzas llamadas morales que predominan en Europa occidental los que pueden hacer este cambio. Si se avanzase realmente por una de las líneas débilmente trazadas, las de Europa parlamentaria, la de las decisiones tomadas por los elegidos del pueblo y un gobierno emanado de él, podría esbozarse otro principio de identidad futura. Es posible que suceda dentro de algunos años. Por ahora, la realidad es que los Nueve forman una Europa americana, y que tendrán que sufrir sus crisis y sus dificultades como corresponde.

## PETROLEO Y GUERRA

### LA DIFÍCIL PAZ DE GINEBRA

Un grupo de ministros de Asuntos Exteriores de países árabes apareció en la Conferencia de Copenhague para negociar con los Nueve europeos la posibilidad de retirar o reducir sus restricciones de petróleo a cambio de una actitud más positiva con respecto a sus países frente a Israel. No ha podido obtener una respuesta favorable. El centro de decisión no está en Europa, y estos países, ni aun siquiera los que están en el Consejo de Seguridad, saben aún si van a participar de alguna manera en la Conferencia de Ginebra. Que se ha retrasado unos días. El retraso no es mal indicio. Se trata, a lo que parece, de llegar con hechos ya adquiridos a la reunión, de forma que ésta no se prolongue, negocie sobre algo ya prenegociado y ofrezca una apariencia de éxito. Las restricciones, si cesan, cesarán por la mediación de Estados Unidos (bajo el nombre de Kissinger). En Riad, después de las negociaciones de Kissinger, los miembros de la delegación viajera americana creen que hay por lo menos un 50 por 100 de probabilidades de que el embargo termine en el mes de enero. Esta declaración se interpreta como la posibilidad de que el acuerdo general de paz en el Oriente árabe tiene muchas posibilidades de ser firmado.

En el viaje de Kissinger la etapa más importante ha sido, sin duda, la de Egipto, que en algunos aspectos tiene el principal papel en el problema. Se asegura que Kissinger y Sadat han llegado al acuerdo de una retirada de las tropas israelíes, que ha de decidirse «en la primera fase de la conferencia». Esta expresión de «primera fase», sin embargo, suscita algunas dudas. No parece que, por parte americana al menos, se refiera a los contactos iniciales en Ginebra, que, según ellos, han de ser para determinar procedimientos y orden del día, sino a las del mes de enero, después de haberse celebrado las elecciones en Israel. Decir que Kissinger está ahora —cuando se escriben estas líneas— en Israel para gestionar que las elecciones las pierdan los «halcones» —es decir, Golda Meir, el general Dayan— parecería demasiado cinismo. Sin embargo, en Washington «se confía» en que tras las elecciones de enero un go-

bierno israelí más «realista» pueda abordar la cuestión de regresar a las líneas de antes de la llamada «guerra de los seis días», y por lo tanto su capacidad negociadora con los árabes sea mejor que la del gobierno actual. En todo caso, parece que las negociaciones no van a ser directas. Aunque se cree que Egipto ha aceptado mantener sus delegados en la misma sala que los israelíes, parece que mantiene su idea de no negociar con ellos, sino con el presidente de la conferencia, que pretende que sea Kurt Waldheim, secretario general de las Naciones Unidas, y siempre en torno a la resolución 242 del Consejo de Seguridad, que disponía la retirada de Israel a sus fronteras de 1967. Este tema sería abordado en dos partes: en principio, el regreso a los puntos de partida del 22 de octubre pasado (y por lo tanto el nuevo paso atrás de egipcios y de israelíes, tomando como línea media el Canal de Suez); en segundo lugar, el regreso a la situación de 1967. Está claro que los palestinos tampoco se conforman con esa situación y con ninguna otra que no suponga un regreso a las tierras de las que fueron expulsados.

Los países árabes exhiben la baza del petróleo. La respuesta de Copenhague, además de la declaración de impotencia de Europa ante un hecho que desborda su fuerza, es la de que tengan cuidado con no ir demasiado lejos: no sólo la causa árabe se puede hacer impopular definitivamente, sino que otros muchos países del mundo —y sobre todo del tercer mundo— van a sufrir las consecuencias. Sobre esta amenaza hay otra bastante clara, que es la de una seria de represalias directas. El mundo árabe está privado de unidad; sus enviados a Ginebra van a mantener muy distintos puntos de vista y, a espaldas de ellos, los reyes y los jefes del petróleo van a estar llevando otras negociaciones paralelas. Un pacto o un acuerdo se estima que es algo en que las partes contratantes deben retirar beneficios mutuos; parece que el que se consiga en Ginebra, si algo se consigue, es una especie de pacto en el que todos —israelíes, árabes, europeos— van a tener algo que perder. ■ JUAN ALDEBARAN.